

Infancia INTERRUMPIDA

Isabelle Aubry sufrió los abusos de su padre durante ocho años. Su lucha, que ha conseguido cambiar la ley sobre el incesto en Francia, ha visto la luz en un libro. *por Verónica Marín foto Julien Chatelin*

todas las ciudades parecen otra cuando nieva. Y hoy París sufre el azote de un frío siberiano inusual para estas fechas. En el camino desde el aeropuerto Charles de Gaulle a Maison Alfort, un suburbio situado a ocho kilómetros al sur de la ciudad, se suceden varios barrios dormitorio de casitas bajas y edificios de arquitectura racional cubiertos de nieve. Un paisaje muy diferente al del París sofisticado y elegante de los distritos 18 y 19. Nos dirigimos a la sede de la Asociación Internacional contra las Víctimas del Incesto (AIVI), presidida por Isabelle Aubry, superviviente de los abusos de su padre.

El taxi me deja en la avenida del 11 de Noviembre, en la puerta de las oficinas de AIVI, un edificio aún en construcción y sin calefacción. El frío hiela la sangre. Sin embargo, dentro de la pequeña oficina de AIVI, un radiador da el suficiente calor para que Latifa, Ludivina y Cindy, tres chicas francesas de distintos orígenes raciales, puedan trabajar con sus ordenadores portátiles. Desde aquí, Isabelle Aubry ha conseguido cambiar la ley de su país y que el Gobierno incluya el «incesto» como un delito específico en el Código Penal. Una reforma que se aprobó hace sólo un mes. Aubry, nacida en París, tiene la mirada algo apagada, pero su sonrisa es



Isabelle Aubry, en la sede la asociación AIVI, que preside.

luminosa y amplia. Su terrible testimonio recogido en el libro «La primera vez tenía 6 años» (Editorial Roca), que ahora se publica en España, es un relato descarnado de las violaciones que sufrió en su propia casa cuando era una niña, entre los seis y los catorce años, sin concesión alguna al lenguaje políticamente correcto. «Has tenido mucho coraje al leer este libro-me dice-. Me decidí a escribirlo porque todo lo relativo al incesto en Francia es un absoluto tabú y quería que la gente supiera que esto pasa. No lo he hecho como terapia ni para sentirme mejor.» Los años de infierno que vivió Isabelle se agravaron por la separación de sus padres, cuando a ella (su hermana pequeña era casi un bebé) le tocó vivir con el patriarca y

lidiar con la indiferencia de su madre, a la que nunca contó nada, pero que tampoco tuvo interés en saber. Los detalles de su tormento pasan por multitudinarias orgías a las que su propio padre la llevaba con sólo doce años. El repulsivo «pástel» se descubrió cuando la niña le contó cómo era su vida a su vecina Françoise, que entonces tenía 30, y ésta llamó a la madre de Isabelle: «¡Si todas las personas fueran como ella!-dice Isabelle con un suspiro-. Es el modelo a seguir. Gracias a su forma de actuar mi madre denunció. Y no es tan normal que la gente actúe. Según una encuesta que realizamos hace unos meses, el 60% de las personas no dirían nada si no tienen una prueba y sólo el 30% llamaría a la policía.»

Isabelle es una de las primeras víctimas en el mundo que se atreve a hacer pública su experiencia. Lo más común entre los niños que han sufrido algo así es que se queden aislados, mudos en su sufrimiento, y algunos llegan al suicidio o pasan por la prostitución (como fue su caso) y las drogas. «A partir de que ocurre y durante el resto de tu vida te sientes sola. Es difícil de explicar, pero cuando eres una niña y pierdes todo lo que necesitas: el amor de tus padres, la seguridad dentro de tu propia casa... la sensación de soledad nunca te abandona.»

A pesar de que Isabelle ha encontrado el amor -está casada

ya y tiene un hijo de una relación anterior y pasajera-, asegura que ese sentimiento de desprotección sigue ahí. «También tenía mucho miedo de que a mi hijo (Morgan, que ahora tiene 20 años) le pudiera pasar algo parecido. Me sentía culpable de ser madre soltera; tenía terror porque pensaba que podía pasarle mis miedos y que no iba a ser capaz de darle el suficiente amor. Pero, afortunadamente, no ha sido así. Para mí es una gran victoria que a Morgan no le haya afectado de ninguna manera el hecho de que yo haya sufrido incesto. Es un chico bueno, tiene novia, estudia, está sano. Todo está bien», enumera con evidente alegría.

Cuenta Isabelle que ella sintió que moría por primera vez cuando

tenía seis años, y por segunda vez cuando tuvo que testificar ante el tribunal. «Me hicieron repetir los detalles mil veces. Lo tenían todo para meterlo en la cárcel, incluso su confesión. Debía haber sido castigado por violación, pero como no hubo golpes, lo condenaron únicamente por abusos a seis años de cárcel. Con la nueva ley esto ha cambiado y a un niño ya no se le pregunta si hubo uso de la fuerza o no, pero sí se le hace repetir una y otra vez la historia. El problema es que la justicia está hecha para los adultos, no para los niños. Nosotros proponemos que cuando un menor va por primera vez a testificar se grave con una cámara y la cinta se utilice en todo el proceso judicial. Pero la policía no lo hace y la justicia no lo exige.»

Debe de ser difícil vivir en una sociedad que te trata a veces como un criminal cuando eres la víctima; debe de ser difícil, también, llevar una vida ordenada, levantarse, trabajar, sufrir por amor, disfrutar del sexo, reír... «Nunca te recuperas de algo así. Es como cuando eres ex fumador: sólo con un cigarrillo caes. Cualquier mínimo acontecimiento te descontrola. Es lo mismo que si te cortan una pierna y tienes que aprender a andar de nuevo. Debes convivir con eso y adaptar tu vida porque tu pierna nunca volverá. Para algunas víctimas es más fácil y para otras menos, depende de la calidad de la terapia y de la ayuda de la familia.»

ALEGRÍA EN EL LUTO

Aubry relata en su libro que cuando murió su padre, hace casi una década, ella y su marido abrieron una botella de champán. «En este momento no guardo ningún sentimiento hacia él. Ni malo ni bueno; nada. He realizado un trabajo psicológico importante para destruir su imagen simbólica como padre. Realmente él nunca fue mi padre, lo que se entiende que debe ser un padre. Tuve que hacer el mismo trabajo con mi madre y fue mucho más difícil. Me ha costado ocho años, un ingreso en el hospital, un intento de suicidio... Es más difícil aceptar que tu madre no es una verdadera madre. Pero hay que hacerlo; te ayuda a sentirte mejor. Cuanto más has sido maltratada, más dependiente te sientes de tu

maltratador. Es terrible. Así que tienes que hacer este trabajo para ser tú misma. Romper cualquier lazo. Mi madre está viva, pero no la quiero ver nunca más. Era veneno. A las dos semanas de dejar de verla encontré a mi marido, que me ayuda y soporta que hable mucho de este tema.» Para cualquiera es difícil de entender que una madre no sospeche que su hija esté siendo víctima de un delito así. «Si la mujer es dependiente de su marido, es más difícil aceptar que se ha casado con un monstruo», cuenta Isabelle. Cuando Sandrine, una de las primeras chicas que se unió a la asociación contra el incesto, se suicidó, la vida de Isabelle volvió a dar

otro vuelco. «Entonces me di cuenta de que podría haber sido yo, un adolescente, un niño pequeño, cualquiera... Y decidí que la asociación iba a ser mi vida. Todo lo que hacemos es para ayudar a los niños, porque nosotros somos las primeras y únicas personas, y víctimas, que hablamos por ellos.»

La lucha de Aubry, comparable a la de David (ella) contra Goliath (Francia), ha dado sus frutos. Ha conseguido cambiar la legislación francesa a fuerza de perseguir por los pasillos a diputados y políticos. El incesto está considerado hoy un crimen como tal y no prescribe hasta pasados veinte años de la mayoría de edad de la víctima (antes eran diez). «El próximo reto es que se elabore un plan de prevención e información para la televisión, que se pongan medios para dar formación específica a los profesionales y abrir un centro específico para que las víctimas reciban atención. Obtendremos la respuesta del Estado en junio». La revista «Femme Actuelle» la nombró mujer del año en 2007 por estos logros.

Pero ¿cómo ayudar a alguien que ha sido víctima de este delito? «Terapia, terapia y terapia. A mí me ha salvado literalmente la vida. Necesitan a alguien en su familia que les ayude, pero normalmente, cuando un niño habla, sus más cercanos se dividen y muchos ni siquiera le creen. Es posible que un chico que haya sufrido incesto lo olvide, es un proceso psicológico que se denomina negación. Los psiquiatras americanos han probado que nuestra memoria expulsa las cosas horribles que nos han pasado. Pero a veces, cuando suceden cosas importantes en tu vida, como tener un hijo o casarse, los recuerdos vuelven. Y entonces es un momento realmente difícil para las víctimas.»

Isabelle sufre un trastorno bipolar derivado del trauma de su niñez y necesita medicación y ayuda emocional. «Cada víctima es diferente. Hay gente que precisa terapia psicológica toda la vida y otra la encuentra en tratamientos alternativos con animales, con escritura o con pintura. Yo he necesitado conocer a otras víctimas. Fue un paso muy importante para mí. Cuando las oía hablar pensaba: "Oh, ¡Dios mío! No estoy

loca. No soy la única. Ahora estoy siguiendo una terapia para mí misma. Mi terapeuta me dice que tengo que ponerme crema todos los días, cuidar mi físico; nunca lo he hecho porque me da igual. Lo hice durante un mes, pero ya no, porque la verdad es que no me importa.»

¿Es posible tener una vida amorosa y sexual normal después de haber sufrido incesto? «Sí, sí. Es posible. Para mí fue un camino muy largo y tardé en encontrarla, otras víctimas la disfrutaban antes.» «Isabelle, ¿cómo definiría su vida ahora?» «Mi vida sólo es luchar. Nada más.»



Portada del libro «La primera vez tenía 6 años», de Isabelle Aubry (Editorial Roca).

«Nunca te recuperas de algo así. CUALQUIER ACONTECIMIENTO TE DESCONTROLA. La familia y la calidad de la terapia son fundamentales»

HISTORIA DE UN RETO

• **AIVI.** Isabelle Aubry fundó esta asociación en 2000 con el fin de concienciar a la sociedad de la existencia del incesto y ayudar a sus víctimas. Celebran un congreso anual en París que reúne a psiquiatras, asistentes sociales, psicólogos, policía y víctimas.

• **CAMBIOS EN LA LEY.** La lucha de Aubry ha dado sus frutos. Ha conseguido que los delitos de incesto tarden veinte años en prescribir después de la mayoría de edad de la víctima (antes tardaban diez años) y el pasado enero la ley francesa incluyó la palabra incesto en el Código Penal.

• **TERAPIA.** Las víctimas de incesto necesitan terapia para poder vivir con sus heridas. Es absolutamente fundamental para mantener el equilibrio en la edad adulta.